

# HISPANISMO ES INDIGENISMO

Alfonso Junco.

De la Academia Mexicana de la Lengua.

Paradójicamente la enunciación maciza la verdad: el hispanismo auténtico es el auténtico indigenismo.

Quisiera alumbrar este concepto, que suele andar tergiversado y confuso: porque las palabras mismas —hispanismo, indigenismo— parecen plantear una alternativa, facilitando de esta suerte el equívoco y tendiendo la emboscada.

Ello ocurre a menudo. Así, por filosófico ejemplo, materialismo y espiritualismo figuran como doctrinas antitéticas: mas no lo son con paralelismo exacto. Porque materialista es el que "niega" el espíritu y reduce todo a materia; en tanto que espiritualista es el que afirma la existencia del espíritu, pero "no niega", sino sostiene, la existencia de la materia. El materialista, pues, afirma la materia y niega el espíritu; el espiritualista afirma el espíritu y afirma la materia.

Más aún. El espiritualista cristiano proclama el respeto a la materia como hechura divina; propugna la entereza corporal; tiene por sagrada la vida, así la ajena como la propia, así la realizada como la posible; postula la reverencia al cuerpo humano como instrumento del alma y como templo vivo del Espíritu; nunca niega que el Verbo se hizo carne. Con todo lo cual, por incitante paradoja, el espiritualista viene a ser defensor de la materia y a exaltarla a una jerarquía que jamás podrá otorgarle el materialista.

Cosa de algún modo parecida acontece con los términos de indigenismo e hispanismo.

El indigenismo —cierto indigenismo al uso, que acaso quiere monopolizar el título— suele prescindir del hispanismo y aun repudiarlo, quedándose con el indio en vivas plumas.

El hispanismo, en cambio, al afirmar lo hispánico, afirma precisamente lo indígena, que no es ya cosa contrapuesta ni ajena a la Hispanidad, sino fundida con ella en una totalidad étnica e histórica objetivada por veinte pueblos.

El hispanismo católico —único hispanismo entero y verdadero, porque lo católico es la entraña misma de lo hispano— ama y siente al indígena como cosa propia. No lo segrega, sino lo incorpora. Quiere su mejoría y exaltación integral, como persona humana. No mira al indio como bicho raro, sino como hombre.

Ese indigenismo adorador del dialecto y de la orejera y del collar, que busca ejemplares de indios como buscaría ejemplares de fauna exótica, huele mucho a novelería y mentalidad de "reservation". Puede pasar para turistas. Pero resulta, a la postre, denigrante para los indígenas a quienes pretende exaltar.

El hispanismo, al revés, nutrido de católica savia, no entiende al indio como mitotería pintoresca, sino como dramática humanidad.

No ya hispanistas, sino hispanos son cuantos iniciaron y arraigaron en América el conocimiento y la dignificación del indígena, su incorporación fraterna y sin repulgos a una comunidad más vasta y a una cultura superior. Todo ello respetando cuanto en los modos y costumbres indígenas era bueno o indiferente; corroborando con amor sus peculiares aptitudes y sus gustos nativos, y sólo repudiando las cosas inhumanas o inferiores: sacrificios sangrientos, antropofagia, idolatría, poligamia...

Siguiendo las huellas de Isabel —que por que fue de veras la Católica fue de veras indigenista—, la Corona de España defiende siempre a los indios ante los abusos y ferocidades engendrados por la guerra y el apetito dominador.

Un pariente de Carlos V viene a esconderse en un rincón de América —en el convento de San Francisco de Méjico, cuna de la civilización del continente— y muere nonagenario, todo abortido en su portentosa tarea educativa. Es Pedro de Gante.

Del colegio franciscano de Tlaltelolco salen indios respetables y doctos, que saben de latín y de gobierno, que descuellan en la vida intelectual y social, como aquel don Antonio Valeriano, evangelista de la "buena nueva" del Tepyac.

Don Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, junta a los indios en comunidades ideales, fomenta la limpieza de su alma y de su cuerpo, organiza el trabajo y la economía con un realismo tan certero y tan eficaz, que todavía, al cabo de cuatro siglos, deja huellas vivientes.

Un encomendero, Bartolomé de las Casas, siente el grito cristiano de su hispanidad, y deja sus indios, y llega a obispo, y vuélvese feroz adalid de todos ellos. ¿Quién ha exagerado y